

# ALGUNOS ASPECTOS PSICOLOGICOS DE LA INDUSTRIALIZACION \*

BEATE R. SALZ \*\*

## I

**D**EBIDO a la irregularidad que existe en el uso del término industrialización, indicaré primero en forma breve el significado que le atribuyo para los fines de este trabajo.

Por industrialización entiendo el proceso mediante el cual se implanta el sistema de producción que se conoce como industrialismo moderno, y se diversifica en tal forma una economía que le añade a sus actividades de extracción—agricultura, minería, pesca, etc.—las de elaboración y manufactura en una proporción considerable. Esta diversificación conlleva la transferencia de gente de las ocupaciones no industriales a las ocupaciones que se relacionan directamente con el sistema moderno de producción en serie dedicado a la elaboración y manufactura de bienes capitales y de consumo en las fábricas mecanizadas. Implica, además, que el trabajo industrial consiste esencialmente del empleo regular y continuo en una misma tarea, o en tareas particulares altamente especializadas que integran la producción final de un artículo.<sup>1</sup>

\* Versión corregida de un ensayo presentado en la Segunda Convención Anual de la Asociación de Psicólogos de Puerto Rico, San Juan, 7 de abril de 1956. Traducción del inglés por Milton Pabón.

\*\* Catedrática asociada de sociología en el Colegio de Ciencias Sociales de la Universidad de Puerto Rico. Ha hecho investigaciones antropológicas en el Perú y otros países de Latinoamérica. Es autora de varios artículos y del libro *The Human Element in Industrialization* (1955).

<sup>1</sup> Esta afirmación no incluye las numerosas excepciones respecto al empleo parcial en la industria, como por ejemplo, el de las amas de casa japonesas (véase Henry G. Aubrey, "Small Industry in Economic Development", *Social Research*, Vol. 18, 1951, págs. 269-312). El modelo convencional que se utiliza a través de este ensayo es el de la producción manufacturera en los departamentos de las fábricas consolidadas que ofrecen empleo pleno.

Para un planteamiento de los rasgos generales y los requisitos funcionales del industrialismo moderno según este modelo, véase a Wilbert E. Moore, *Industrialization and Labor: Social Aspects of Economic Development* (Ithaca: Cornell University Press, 1951), *passim*; y a Beate R. Salz, *The Human Element in Industrialization: a Hypothetical Case Study of Ecuadorean Indians*, *American Anthropologist*, Memoir No. 85, Vol. LVII, Núm. 6, Parte II (1955), págs. 1, 5, 21, 94 ff. Hans W. Singer, "Problems of Indus-

La industrialización puede verse como el proceso que moderniza una economía según los modelos de los países más antiguos y debidamente "desarrollados" o sea como la mecanización de las actividades productivas, es decir, el reemplazo de la energía humana, animal y natural (viento, corrientes de agua) por la que se genera artificialmente.

La producción y la utilización de la energía artificial, por una parte, y por otra las instituciones y organizaciones peculiares de índole funcional que caracterizan las economías modernas o que intentan modernizarse, traen consigo generalmente la concentración de la mano de obra en fábricas separadas, en las que se dividen y coordinan las tareas específicas.

Si se considera a la industrialización como el proceso que introduce el sistema industrial de los antiguos países industriales a los que aún no son industriales, ésta se identifica con el proceso de cambio que los antropólogos han llamado "transculturación". El sistema de producción industrial adviene entonces como una novedad en un marco social y cultural distinto y con él se enfrenta el individuo, hombre o mujer, habituado a ocupaciones no industriales. Independientemente de sus promesas o de sus demandas, la industrialización significa "aprendizaje" para el individuo, y cuando hablamos de que la economía de un país o de una región se industrializa, podríamos igualmente hablar de la industrialización del hombre, teniendo en cuenta al que en el futuro será participante activo en la producción, o sea el trabajador industrial.<sup>2</sup>

Aparte de las nuevas destrezas, ¿qué es lo que el individuo tiene que "aprender" al industrializarse? Un planteamiento cabal de esta cuestión en términos de los requisitos, y de las condiciones y características axiomáticas que definen al industrialismo rebasaría los límites de este ensayo. Baste decir, primero, que este sistema moderno, racionalizado, mecanizado por medio de la energía artificialmente producida y de los métodos de producción en serie, implica en general la constitución de un agregado de grupos que excede numéricamente el tamaño de los "grupos primarios". En consecuencia, se requiere que los individuos que integran este agregado depongan su íntimo y peculiar sentido de pertenencia, y lo sustituyan con sentimientos y actitudes de índole más impersonal capaces de abarcar un ámbito social más amplio; sentimientos que expresen, por lo menos, neutralidad hacia

---

trialization of Underdeveloped Countries", *International Social Science Bulletin*, Vol. VI, Núm. 2 (1954), págs. 217-223, define la industrialización como un cambio interno en la estructura de las ocupaciones de un país, y la distingue del desarrollo económico.

<sup>2</sup> La "industrialización del hombre" comprende de hecho otras categorías además del trabajador asalariado como los financieros, gerentes, ingenieros y otros profesionales de la industria que aportan servicios relacionados directamente con la producción fabril o que surgen como resultado de ésta.

los extraños: los muchos "otros", entes inicialmente anónimos que se congregan y relacionan en la fábrica en términos de las "funciones" que desempeñan y no como "personas".

Otra característica del sistema industrial de producción es que el trabajo lo ejecuta principalmente la máquina por medio de su operario, y que los especialistas planean y estipulan de antemano uniformemente tanto el proceso como sus productos. La actividad del obrero u operario, por su parte, es también especializada y tiene un carácter mucho más fragmentado que el de cualquier otra ocupación. Su pasividad ante la máquina, así como la división de sus tareas, han sido temas ampliamente comentados por la psicología, la sociología e incluso la filosofía. Pero cualesquiera que sean sus numerosos efectos supuestos o verdaderos, sólo quiero aquí llamar la atención hacia la coordinación objetiva que tiene que existir entre dos tipos diferentes de especialistas: el ingeniero que planea y el operario u obrero que ejecuta. Esta coordinación es requisito indispensable para el funcionamiento de este particular sistema de producción.

Un tercer rasgo de éste que se relaciona con los mencionados, implica que los individuos obedezcan órdenes a pesar de la actitud bastante generalizada que se recoge en el dicho "yo no me dejo mandar por nadie" —o que puedan dar órdenes y asumir responsabilidades definidas.

En suma, el aspecto de la industrialización que corresponde al "aprendizaje" consiste en la acomodación del individuo a los demás con arreglo a las funciones que se desempeñan. No se relaciona con ellos en su calidad de pariente, vecino o amigo, ni siquiera como rival personal o en competencia por las posiciones sociales, sino en términos de los "papeles" asumidos que funcionan independientemente de sus sentimientos personales o tradicionales hacia los demás. A este ajuste a las formas y estructuras de subordinación, mando y coordinación le podemos llamar "disciplina de la asociación". Y eso es algo que también requiere aprendizaje.

## II

Quiero encaminarme a un examen más detallado de ciertos aspectos o elementos socio-psicológicos de la industrialización (en lo que se refiere a la situación de aprendizaje) que no son obvios de primera intención. Trataré de lo que llamaremos por ahora: 1) de la disciplina en relación al concepto del tiempo"; 2) del concepto del trabajo; 3) de ciertas premisas en las que se basa la profesionalización del trabajo industrial, o el trabajo como profesión. Debo aclarar desde ya que no

me refiero a ningún país o región en particular. En términos generales, tengo en cuenta la clase de situación que surge cuando el industrialismo "maduro" del occidente moderno se extiende hacia poblaciones que hasta el presente han permanecido aisladas de las corrientes de influencia que crea ese complejo histórico llamado la moderna civilización occidental, y se comienzan a explotar industrialmente recursos humanos que hasta entonces habían permanecido relativamente vírgenes. Es decir, estoy hablando de la primera etapa del industrialismo y no de las distintas fases que se manifiestan durante su desarrollo subsecuente.

La industrialización requiere que el individuo esté bien capacitado por lo menos para tres cosas y que aprenda a adaptarse a ellas y a valorarlas. Primero, administrar el tiempo que tiene disponible en una forma calculable, es decir, que tiene que disciplinar su percepción del tiempo y su comportamiento en relación a éste. Segundo, considerar ciertas actividades aparte de otras y distinguir entre aquéllas que denominará "trabajo" y las otras "que no son trabajo". Esta distinción es difícil de hacer aun en sociedades económicamente adelantadas, y con frecuencia parece inexistente en las sociedades que no son industriales. Además, el trabajo tiene que llegar a ser asociado con una recompensa o alguna expectativa o propósito. Cualquier otro significado que el trabajo tuviese para un individuo tiene que incluir el concepto de que es un medio racional para lograr ciertos fines (los cuales varían). Con demasiada frecuencia nos encontramos con que se supone tácitamente que este papel o función del trabajo es el *único* significado que tiene para todo hombre que fuese o pudiese ser industrial. Se da por supuesto que sus deseos, aspiraciones o fines consisten en mejorar su status económico, o su condición material, es decir, en lograr que sus metas de vida asciendan constantemente. Aún más, se supone que el industrial va a invertir su atención y sus esfuerzos productivos en mejorar su condición económica y que por lo tanto el trabajo encauzado hacia tales fines debe tener, independiente de su naturaleza y contenido, un valor positivo. Finalmente, se supone que este individuo da valor al tiempo—hasta donde el tiempo sea productivo o se use para medir la productividad—y que lo administra en forma racional o calculada.

Todo esto nos parece muy obvio a todos. Es cierto que estos supuestos motivos y las actitudes concomitantes existen en realidad, aunque tal vez no en forma tan universal y frecuente como generalmente creemos. Lo que aquí quiero recalcar es que no se deben atribuir estas motivaciones *a priori*, puesto que en realidad estamos refiriéndonos a categorías altamente desarrolladas y artificiales, por no decir arteras, y a modalidades y actitudes que han sido asiduamente cultivadas en la sociedad de occidente, por lo menos desde que se "modernizó". En

conjunto, estas actitudes relativas al tiempo, al trabajo y al dinero, están íntimamente asociadas con la génesis y el funcionamiento del industrialismo moderno. Estas no son actitudes o maneras de ser que sencillamente "ocurren", ni son espontáneas o "naturales" —tienen que "aprenderse" cuando no existen.

La experiencia común, cuando se trata de industrializar al trabajador, nos indica ciertas limitaciones típicas —limitaciones desde el punto de vista del buen funcionamiento de la empresa: falta de puntualidad, tardanzas, ausencias, cambios de personal, lentitud—modalidades que con frecuencia se denominan pereza natural, falta de responsabilidad, de interés, de motivos, de disciplina, distracción por otros asuntos, etc. Estas explicaciones descriptivas están bien —hasta donde pueden llegar, puesto que son solamente una forma de buscarles nombres a los distintos síntomas ocasionados por la falta de industrialismo.

### III

Casi toda la vida del hombre obedece, en cualquier sociedad o cultura, a una rutina. Ésta, desde luego, no es idéntica en todo sitio. La frecuencia, por ejemplo, con que es deliberadamente alterada, así como la duración y el tipo de ocasiones institucionalizadas que no forman parte de la "rutina" cotidiana, varían en grado sumo en las diversas sociedades, culturas y grupos de ocupación. Por eso puede decirse que las rutinas de los artesanos expertos e independientes, agricultores, tenderos, vendedores ambulantes, cazadores, pescadores, camelleros, funcionarios administrativos y religiosos, tienen sus propias estructuras. De igual modo, el ritmo de la vida, la serie de los acontecimientos significativos y los patrones de las actividades individuales durante el día, la semana, los meses, o el año, poseen en las diversas sociedades su estructura propia y peculiar. El problema de "contar el tiempo" es un asunto completamente separado de las diferentes formas de estructurarlo. El sentido de sus unidades en una cultura determinada y la misma existencia de ciertas unidades convencionales con nombres —algo que puede corresponder a las nuestras de minutos, horas, semanas, meses, trimestres, semestres, etc.— varía también extensamente en cuanto a su elaborada precisión de una cultura a otra. Este es el aspecto semántico del fenómeno que Henri Bergson llama en el plano psicológico, *durée* o el "tiempo experimentado" por el individuo y su articulación en las actividades. El tiempo no es, por tanto, algo universalmente fijo (aunque es la única realidad indudable). Por el contrario, se concibe, se articula y se actúa con referencia a él en formas muy diversas.

El moderno y mecanizado sistema de producción industrial, al igual que la sociedad de la moderna civilización occidental, regula y convierte en rutina su ritmo por medio de un artificio muy convencional: el reloj. Pero hace algo más: configura el tiempo y su flujo como un continuo, sin tener en cuenta las actividades específicas que lo componen. Además, bajo el sistema industrial, el tiempo es la mercadería computada por excelencia porque la energía artificial, una vez que se genera y descarga, representa parte de los costos de producción. Por eso se "derrochará" a menos que esa energía y el operario obren simultáneamente. Este es el aspecto técnico y económico del asunto. Por otro lado, si se le considera desde el punto de vista de la organización social, el cuidado del tiempo es sumamente importante debido a la trabazón e interdependencia de las tareas especializadas. Por eso el control de horarios es el gran coordinador de los "diversos grupos y funciones que carecen de otro marco común de referencia para la actividad".<sup>3</sup> Como cuestión de principio el sistema no tolera los hábitos "irregulares", "caprichosos" e "individuales" de trabajo y se articula literalmente por medio de ese instrumento clave del industrialismo: el reloj.

Las rutinas normales de la producción y los hábitos del hombre industrial con referencia al tiempo son, pues, evidentemente distintos de, por ejemplo, los de la producción agrícola incluso donde ésta se ha mecanizado en alto grado. Los procesos de la producción agrícola dependen todavía de los ciclos de crecimiento, las estaciones del año y todas las fluctuaciones del orden *natural*. Por eso, es en esencia distinta de la producción industrial. Ésta no está atada a los efectos de los factores naturales y provee como cuestión de principio empleo regular y seguro en tareas específicas, uniformes y altamente especializadas.<sup>4</sup> El ama de casa controla personalmente el tiempo y tiene mayor libertad para comenzar y terminar sus trabajos cuando le place (es característico que sus "horas" de labor son más largas que las del moderno trabajador industrial). Además, puede a voluntad ordenar el ritmo de sus actividades y se caracteriza por pasar de una tarea a otras de índole heterogénea dentro de un período de tiempo objetivamente limitado.<sup>5</sup>

<sup>3</sup> Lewis Mumford, *Technics and Civilization* (New York: Harcourt, Brace and Co., 1934), pág. 27.

<sup>4</sup> La producción *industrial* comienza una vez que la materia prima ha sido obtenida de la naturaleza. Toda producción de este tipo significa esencialmente la elaboración y transformación de la materia prima producida por la naturaleza, no por el hombre; éste solamente la transporta hasta el establecimiento que la elabora y transforma.

<sup>5</sup> Pueden existir, desde luego, otras condiciones que obliguen, impulsen o sirvan de incentivos a estas clases de trabajadores para que ellos adopten una regulación del tiempo más estricta y controlada. Pero estas condiciones *no son inherentes*, sino extrínsecas, a sus sistemas de producción. Entre las circunstancias extrínsecas se hallan la esclavitud, especialmente cuando ésta se rige de acuerdo a reglas de eficiencia, la depen-

El trabajador de la fábrica industrial típica no ejerce tal control personal sobre el tiempo. La calidad y la cantidad de las tareas que lleva a cabo por hora, por día, etc., la forma como maneja y concibe el tiempo, y los hábitos y el ritmo de trabajo del hombre no industrial difieren significativamente de los del hombre industrial y del hombre atado al modo de vida industrial. Por lo tanto, la industrialización del individuo y de los grupos implica frecuente y quizás normalmente una reorientación radical en lo que respecta al tiempo y los hábitos que se relacionan con su uso. Este proceso es tal vez disimulado por el aprendizaje de otras cosas más obvias y palpables tales como el manejo de las herramientas, las máquinas y las partes de un producto; en suma, por el aprendizaje de nuevas destrezas y técnicas. Pero, sin duda, estos procesos más evidentes del aprendizaje son, por lo menos, acompañados por un reajuste del ritmo de la actividad personal, por la creación de una nueva rutina de hábitos cotidianos, y además, por la sustitución de viejos hábitos por otros nuevos (como el reemplazo de un conjunto de responsabilidades personales, de hogar y de amistad, por aquellas relativamente impersonales y anónimas de la fábrica y sus grupos de compañeros de trabajo). Éstas, en resumen, constituyen también modalidades del "aprendizaje", la adquisición de nuevos hábitos. Por otra parte, los hábitos del manejo del tiempo y la "disciplina del horario" se proyectan y manifiestan en símbolos muy abstractos como los que el lector y yo usamos para estimar y expresar las unidades temporales. Y esto es algo que tenemos que aprender y hasta dominar desde la infancia. Por lo tanto, aquí no se trata de sencillamente aprender el manejo de nuevas herramientas y materiales y habituarse a él, o de aprender la manipulación de las máquinas y otros procesos similares, sino por el contrario, se trata de una sutil labor intelectual para los adultos, que no es en modo alguno elemental. El tiempo, una vez abundante e ilimitado como el aire, y por consiguiente, sin estructura o muy poco "estructurado", tiene que llegar a ser percibido como limitado, escaso y altamente estructurado según sus componentes convencionales. El hecho de que este proceso no sea tan evidente no lo hace, a mi juicio, menos complejo.

Hasta donde yo sé estos problemas —si es que son tales— no han sido explorados con la debida atención sistemática<sup>6</sup> desde el punto de vista de la psicología individual o social, ya sea en términos de la percepción o del aprendizaje, y mucho menos desde el enfoque comparativo de la cultura. Sugiero que este descuido se debe en parte a la

dencia del ingreso monetario, o los hábitos y costumbres que implican la concepción de la rapidez y el estar ocupado como valores en sí mismos.

<sup>6</sup> La filosofía y las ciencias físicas, especialmente la física y la astronomía, se preocupan por el problema del tiempo.

poca "visibilidad" del "aprendizaje" del tiempo y a la falta de los conceptos mismos que expresen estos problemas en forma suficientemente concreta y apropiada para la investigación objetiva. Sin embargo, las investigaciones de los problemas psicológicos del aprendizaje que aparentemente surgen en la situación industrial serían no sólo factibles sino valiosas.

De todos modos, este complejo aspecto del tiempo está ligado en forma íntima con un concepto igualmente complejo: el concepto del trabajo. Nosotros en la sociedad occidental moderna distinguimos el "trabajo" y el "ocio" de tal suerte que separamos la vida y una variedad de sus actividades en distintos compartimientos. Esta división es en cierto sentido tan artificial como nuestro sistema convencional del tiempo y la establecemos de acuerdo a lo que concebimos como actividades económicamente productivas y no productivas. A pesar de que reconocemos que hay otras actividades no productivas tan serias e importantes como las productivas, es característica de nuestra forma secularizada de vida mantener el trabajo y el culto religioso, por ejemplo, estrictamente separados y considerar a éste como parte del contenido del ocio. De hecho existe la tendencia de conceptuar lo que no es trabajo como actividades innecesarias e incluso "distracciones" peligrosas, excepto cuando se las puede hacer aparecer "útiles", como por ejemplo, si mantienen la salud física y mental. Son precisamente estas "distracciones" las que nos pueden explicar quizás, en el caso de las sociedades en proceso de industrializarse, el porqué del alto porcentaje de ausencias de los trabajadores a la fábrica. Me refiero a actividades que no son reconocidas por nosotros como productivas pero que se practican en otros sitios con tal intensidad y dedicación como si fuesen "trabajo". Pongamos por caso: el asunto imperativo y serio de una fiesta y sus preparativos, o las múltiples ocasiones de naturaleza "agonal",<sup>7</sup> como los litigios, las justas deportivas, los juegos con apuestas y muchos otros acontecimientos relativamente formales cuya esencia es más o menos la rivalidad "amistosa", el incurrir en riesgos, o el juego. Tales actividades como una simple fiesta no tienen que ser necesariamente sintomáticos de hábitos caprichosos de trabajo o de irresponsabilidad. Por el contrario, pueden ser en esencia obligaciones sociales ineludibles. Además, gran parte de la actividad objetivamente productiva puede llevarse a cabo con un espíritu de juego como sucede en ciertas reuniones en grupos de trabajo colectivo.<sup>8</sup> *Homo Ludens*, el Hombre que Juega, puede ser un hombre verdaderamente serio (piénsese, por ejemplo, en la serie mundial de "base ball" de los Estados

<sup>7</sup> En el sentido de Johan Huizinga, *Homo Ludens: el juego y la cultura* (Eugenio Imaz, traductor, México: Fondo de Cultura Económica, 1943), Caps. II y III.

<sup>8</sup> Véase a Salz, *op. cit.*, Capítulos VIII y IX y sus referencias.



Unidos de Norteamérica, en la celebración de una festividad patriótica, en una corrida de toros y en los juegos de azar) y el *Homo Faber*, el Hombre que Fabrica, muy juguetón. La industria moderna necesita con urgencia de este último, pero lo necesita serio y dedicado por entero.

Existen otros aspectos de esta entidad singular, el trabajo. En cualquier grupo hay individuos haraganes, pero dudo que haya algún pueblo natural y habitualmente perezoso. La pereza puede muy bien ser sólo un síntoma de la escasez de las oportunidades de trabajo, o la expresión de una especie de racionalidad del hombre preindustrial que no ve ninguna congruencia entre el esfuerzo que realiza y su recompensa. Pero lo que encontramos con frecuencia entre los componentes de un determinado nivel social es la actitud positiva o negativa hacia el trabajo "propio" e "impropio". En las sociedades que los sociólogos han llamado "aristocráticamente orientadas" existe especialmente una "evasión" del trabajo, es decir, de las actividades que no son "propias" del nivel social, máxime si éstas implican esfuerzo físico o manipulación de materiales, herramientas y símbolos de los materiales como por ejemplo la moneda. La condición del trabajo bajo las órdenes de otra persona, de quien se depende, puede enfrentarse también a los obstáculos de la apreciación de la clase social respecto a lo que le es "propio".<sup>9</sup> Por otro lado existen sociedades y grupos sociales que conceptúan el duro trabajo manual como una virtud. En general las sociedades campesinas se caracterizan por esta actitud, especialmente los campesinados libres e independientes y la artesanía campesina.<sup>10</sup>

¿Qué es entonces, lo que específicamente tiene que aprender el hombre en el proceso de industrialización? Tiene que habituarse a la actividad continua en una tarea bastante limitada que no se relaciona en forma evidente a la situación de conjunto. Tiene que aprender a distinguir en muchos casos entre las actividades que el sistema industrial conceptúa normalmente como productivas y las que considera como no productivas, es decir, debe separar dos categorías: el trabajo y el ocio. De hecho el nuevo hombre industrial tendrá incluso que aprender a utilizar la categoría radicalmente nueva al ocio, algo que parece problemático aun para muchos de nosotros. Tendrá que llegar a concebir el trabajo si no como una virtud, por lo menos, no como una maldición, un castigo o un insulto a su figura social. En términos psicológicos esto implica que hay que tomar una determinación decisiva: persuadirse de que las actividades definidas como trabajo son apropiadas

<sup>9</sup> Véase un buen ejemplo en Gerardo Reichel-Dolmatoff, "Actitudes hacia el trabajo en una población de Colombia", *América Indígena*, Vol. XIII (julio, 1953), págs. 165-174.

<sup>10</sup> Un buen ejemplo se hallará en Robert Redfield, *A Village that Chose Progress: Chan Kom Revisited* (Chicago: University of Chicago Press, 1950), especialmente el capítulo VIII.

para uno mismo. El establecimiento de un vínculo positivo entre el trabajo y la propia estimación es uno de los primeros pasos en la ruta hacia el profesionalismo del trabajo industrial.

Examinemos ahora dos aspectos psicosociológicos adicionales entre los numerosos que envuelve el proceso de industrialización: el trabajo industrial como carrera profesional y el significado del dinero. Ambos se relacionan estrechamente con los otros que ya hemos mencionado.

El trabajo industrial como carrera, no como medida temporera de empleo estacional o parcial, sino en el sentido de profesión, vocación u ocupación permanente, implica la existencia continua de ciertos incentivos eficaces. El aprendizaje de la "puntualidad" y de todos los hábitos de comportamiento disciplinado—sin los cuales no habría producción bajo el sistema industrial—debe tener una recompensa. En general, ésta consiste en primer lugar y principalmente de los salarios, o por lo menos eso es lo que suponemos que los presuntos obreros profesionales de la industria tengan en cuenta ante todo. Pero nuestra simple suposición se basa en varias premisas: primero, que la gente conoce siempre lo que es el dinero, los fines que puede alcanzar y cómo funciona; segundo, que no existe ningún fin o meta que no pueda lograrse por medio del uso y el desembolso del dinero, y tercero—aquí es donde se introduce el aspecto del profesionalismo industrial—se da por supuesto tácitamente que son infinitos los fines por los cuales el individuo trabaja, y trabajaría, por dinero. Estas premisas se justifican, desde luego, en los países debidamente desarrollados, y en gran medida en los que han experimentado la industrialización por algún tiempo, o han sido expuestos a la influencia de un mundo plenamente "monetario" donde la llamada "revolución de las expectativas crecientes" está en completo apogeo. En estos casos, las premisas con relación al papel de los salarios como incentivos del profesionalismo industrial quedan justificadas, sin duda en gran medida, aunque quizás no en su totalidad, por los acontecimientos mismos. Pero en muchos otros casos las condiciones existentes no confirman inicialmente dichas premisas.

Los proyectos de desarrollo que incluyen la industrialización comienzan en muchos sitios donde prevalecen arreglos premonetarios en grados variados, tales como trueque directo, pago en bienes y servicios, auxilio mutuo, etc., o sea, en economías que no son monetarias o lo son sólo en parte.<sup>11</sup>

En tales situaciones el presunto trabajador industrial tendrá que aprender todo lo relativo al dinero; tendrá que verlo, palparlo, usarlo, conseguirlo y gastarlo—si es que hay algo en que pueda gastarlo. Asi-

<sup>11</sup> Para un ejemplo argumentativo véase a James B. Watson, "Way-Stations to Westernization: The Brazilian Cabollo", en *Brazil: Papers Presented in the Institute for Brazilian Studies* (Nashville, Tenn.: Vanderbilt University, 1953).

mismo tendrá que familiarizarse con él antes de que se convierta en un incentivo más o menos operante, o en un símbolo permanente de los bienes y servicios que desee o llegue a desear. Esto presupone que la *economía* al alcance del hombre industrial se transforme en monetaria, condición concomitante que a veces no ocurre y cuya ausencia produce efectos económicos claros y bien conocidos. El "conocimiento del dinero" es comparable en esencia al conocimiento del tiempo. Ambos son básicamente logros intelectuales en un nivel elevado de abstracción y simbolismo que implican un grado y un tipo de imaginación de carácter muy complejo.

¿Cuánto se tarda en adquirir un conocimiento pleno del dinero? He encontrado una sola referencia específica en esta materia que sugiere "un año o más".<sup>12</sup> Realmente no sabemos, como tampoco sabemos cómo ocurre este proceso en el nivel psicológico.

El conocimiento de la moneda no garantiza por sí solo la profesionalización del hombre como trabajador industrial. Los hombres entran a veces a la industria con ciertos propósitos bien definidos, como el de adquirir fondos que les permitan cumplir con algunas obligaciones sociales únicas y ocasionales (una fiesta ceremonial, por ejemplo), o con mayor frecuencia para comprar una porción de tierra, para establecerse en negocios no industriales e independientes o para dedicarse a actividades de un orden enteramente distinto y no mundano. En estos casos donde las acciones humanas se dirigen hacia metas definidas y limitadas, la industrialización no engendra obviamente el profesionalismo del trabajo industrial.

Para llegar a ser un trabajador profesional de la industria, para hacer de la industria una carrera, se necesita otro aprendizaje adicional: el del consumo intenso, o sea aspirar a nuevos niveles y estilos de vida ("tener necesidad y deseos ilimitados", como afirmaban los clásicos teóricos de la economía), o ambas cosas. Esto es realmente lo que debe significarse cuando se dice que las *metas* (no los "niveles") de la vida "deben" elevarse. Tal posición implica predicar un evangelio de mejoramiento material, inculcar la idea de que el individuo *puede y debe desear* una existencia material distinta y mejor que la presente, y que él puede y debe alcanzarla por medio del esfuerzo.

#### IV

Este ensayo sobre los aspectos psicológicos de la industrialización puede parecer más esquemático que realista. Creo que existen realidades

<sup>12</sup> Richard C. Gill, *White Water and Black Magic* (Nueva York: H. Holt & Co., 1940), págs. 132-140.

que han sido conceptualizadas en términos sociológicos y antropológicos (no obstante su ténor "pesimista"<sup>13</sup>) y que son objetos legítimos de estudios psicológicos. Lo que he dicho no pretende ser válido a la larga. Por el contrario, sólo he considerado algunas de las dificultades *momentáneas* que generalmente obstaculizan, en ciertas sociedades, las *etapas iniciales* de la industrialización. Estas dificultades tenderán a repetirse quizás por espacio de dos o tres generaciones con cada grupo nuevo que se inicie en el sistema industrial moderno. Sin embargo, no tenemos en general que esperar tanto tiempo para concluir que en toda clase de pueblos hay trabajadores aceptables desde el punto de vista de ellos y desde el de la empresa industrial. Por tanto, las dificultades y problemas apuntados aquí no tienen ya en muchos casos gran importancia práctica. Parece, entonces, como si no hubiese a la larga ninguna diferencia entre, por ejemplo, los sudaneses y los puertorriqueños, los indios del altiplano boliviano o los africanos de Rhodesia, los indígenas de las islas Trobriand y los francocanadienses, los esquimales de Alaska y los beduínos de Arabia, como fuente de trabajadores industriales competentes. ¿Debemos concluir por eso que toda industrialización se inicia substancialmente desde las mismas bases, las mismas condiciones humanas e institucionales previas? ¿Podemos también concluir que si la industrialización es bien dirigida y todo lo demás que eso conlleva, no habrá diferencias en cuanto a la facilidad o dificultad de su introducción en culturas, sociedades y países distintos? Creo que tal juicio sería una falacia y una tautología porque estaríamos juzgando solamente en base a la experiencia de los que en realidad *han* "aprendido", y no sabríamos nada sobre los que *no han* aprendido, ni por qué fracasaron. Afirmaciones de esta naturaleza se fundan en el concepto de la industrialización como un proceso que selecciona a los que aprenden y elimina a los que no aprenden. Quisiera terminar sugiriendo que si realmente deseamos saber algo sobre las diferentes predisposiciones para el trabajo industrial que poseen grupos y pueblos diversos, debemos investigar entre aquéllos que empezaron pero que por una razón u otra no continuaron, los que palparon por primera vez el trabajo industrial y lo abandonaron o fueron despedidos de sus empleos. Sólo si sabemos algo sobre estos problemas, sobre el volumen de las personas que abandonan el trabajo y las razones por las cuales no permanecen en la industria, y si analizamos estos datos comparando las culturas o con otras bases de contraste, estaremos en condiciones de aportar algo substancial e inteligible en lo que respecta a los procesos de motivación y de aprendizaje que acompañan la industrialización del hombre.

<sup>13</sup> Véase a Wilbert E. Moore, "Labor Attitudes toward Industrialization in Underdeveloped Countries", *American Economic Review*, Vol. XLV (1955), págs. 156-165.

## SOME PSYCHOLOGICAL ASPECTS OF INDUSTRIALIZATION

BEATE R. SALZ

*(Abstract)*

I. Industrialization is defined to mean a process of economic change, specifically of economic diversification which implies, among others, a particular type of work. Industrialization can furthermore be considered as an acculturative process and thereby one of "learning" not only of new technical skills but of types of habits and behavior which constitute axiomatic features of modern industrialism.

II. Certain selected social-psychological aspects or elements of the industrializing (i. e. learning) situation are considered, namely, 1) the managing of time in a calculable manner ("discipline-in-time"); 2) the concept of "work" and the distinction of work activities from those which are not work; 3) the conditions underlying the professionalization of industrial work, or industrial work as a career.

III. It is argued that the learning of notions of Time, Work, and Money, as commonly held in western-derived modern industrialism, and the acquisition of behavior patterns that conform with these notions, are neither obvious nor psychologically simple processes, but pose rather subtle, by no means elementary intellectual tasks on a highly abstract, often highly symbolic level confronted in general by adults, and which are in part closely related to the learning of new sets of motivations.

IV. It is suggested that these processes—possible sources of some of the problems typically besetting industrialization in its very first moments—warrant systematic exploration by psychology. It is further suggested that individuals who have failed in becoming industrialized (i. e. non-learners) might shed more light on motivational and learning processes that accompany the "industrialization of man," than those who "have made the grade" by becoming professional industrial workers.